



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12598

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península - 31 días, 2 ptas. - Tres meses, 6 id. - Extranjeros - Tres meses 11'25 id. - La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. - La correspondencia a la Administración.

Administración y Relación, Mayor 24

MARTES 11 DE AGOSTO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Corresponsales en París, A. Loreste rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Microscópicas

Visto por dentro conmueve el reparto de juguetes a los niños pobres. Visto por fuera... más vale callar.

Aquel hacinamiento de personas mayores entre las cuales parecen asfixiarse los infelices niños, causa repugnancia; la bandada de golfos que se filtra por las hendiduras de la masa, arrebatando las papeletas representativas de la muñeca, el tambor ó la trompeta, produce indignación; los pobres pequeñuelos caldeados por el sol, con las caritas sudorosas y congestionadas, llorando quos y a punto de llorar los otros al verse traídos y llevados en furioso vaivén por una multitud que parece haber perdido la noción del respeto a la debilidad, causan honda lastima.

Contemplando ese cuadro brutal se experimentan deseos destructores. Cogéramos los juguetes, haríamos un montón de tambores, trompas, baterías de cocina, trastos, tranvías, trenes, muñecas, locadores, abanicos, combas, escopetas, barcos, cajas de pinturas, pistolas y trompetas y le daríamos fuego para que al par que el viento aventaba las cenizas, se aventara también el humano montón que de modo tan desconsiderado trata a la niñez.

Eso pensábamos ayer al hendir la muralla de carne que obstruía la puerta del ayuntamiento; pero al traspasar los umbrales é ingresar en el salón donde los representantes del pueblo celebran su reunión semanal, qué agradable reverso el del ingrato cuadro y qué

variación de sentimientos tan profunda.

El salón de sesiones tornado en almacén. Aquí filas de carros; allí montones de muñecas; mas allá tambores; en este punto material de tranvías; en aquel centenares de locomotoras; en un rincón una pila de sables junto a otra de fusiles; en otro una pila de velas desplegadas y en medio, con las papeletas en la mano, un grupo de niños indecisos, sin saber que elegir, por que el deseo lo abarcaba todo, el fusil, la pistola, el tranvía, la trompa de música, el barco y el tren.

Para saber lo que vale un juguete para un niño hay que ver a este entrar en el salón, detenerse admirado en la contemplación de aquel tesoro de cosas que le gustan, alargar la diestra pidiendo la que mas le complace y escapar con las manos apretadas y la cara riendo.

Cuatro horas empleamos ayer en la contemplación de ese cuadro sugestivo que hace pensar en muchas cosas: en el niño que no tiene quien le compre el juguete de feria, en los padres que pasan la pena de que no tengan sus hijos lo que en tiempo de feria tienen los demás, en la satisfacción que experimentan unos y otros merced al ayuntamiento que al hacer el programa de las fiestas se acuerda de que habra niños sin juguetes si él no se los regala, por que hay padres tan pobres que no pueden gastar real y medio para hacer felices a sus hijos.

En honor a la verdad no es equitativo el reparto. Quedan muchos niños pobres sin juguetes. En cambio se los llevan quienes no debieran ir a recogerlos por que

lleen quien se los compre más bonitos y también más caros.

¿Qué le hemos de hacer si la gente es así?

RAUL.

AL RECOGERLA

Triste el cementerio, y la noche envuelta en un negro velo de fúnebres sombras y densas tinieblas.

Las aves nocturnas en las arboledas, gritos estridentes entregan al viento que el viento se lleva.

Sus copas inclinan y se balancean, los verdes cipreses que del cementerio son los centinelas.

Y forman concierto de lúgubres quejas, los vagos murmullos del viento que arrastra a las hojas secas.

Corredá de rosas y humildes violetas, allí está su tumba, su trono de flores, su lecho de piedra.

En losa heralando mis ojos penetran; y miran su rostro de pálida virgen sus manos de cera.

Del cabello blando las doradas trenzas, sus ojos azules que ocupan del cielo la eterna belleza.

Su voz armoniosa parece que suena, con notas más dulces que el trino del ave que canta en la selva.

Las horas transcurren, las sombras se alejan,

y ya el alba con pálidos rayos alumbró la tierra.

Allí está su tumba, su lecho desierto, que perfuman guirnaldas de rosas y humildes violetas.

Mi llanto humedece su lecho de piedra, y el viento á lo lejos, con lánguidos sones, repite mis quejas.

Despierto ó en sueños, ya lejos ó cerca, está mi recuerdo guardando la tumba donde duermo ella.

Narciso Diaz de Escovar.

LA CORONACION DEL PAPA

CEREMONIAL

Ninguna corte del mundo puede ofrecer espectáculo más imponente que el de la coronación de un Papa.

El día señalado despues de su elección en Cónclave, el Pontífice es llevado en solemne procesión en la «calle gestatoria» para que lo coronen en el altar mayor de San Pedro.

En el centro de aquel grandioso edificio se forma un círculo de príncipes, embajadores, nobles y altos funcionarios, vistiendo sus vistosos uniformes, y con ellos están los más altos dignatarios de la religión, cardenales, arzobispos, obispos y patriarcas de Occidente y Oriente con sus familiares y sus vestiduras bordadas.

La procesión avanza triunfante, dirigiéndose al baldaquino sobre la tumba de San Pedro y San Pablo y al trono pontificio que se alza más allá.

Allí se detiene la procesión y un clérigo de la capilla pontificia alza delante del Papa una caña, en cuyo extremo hay un puñado de estopa. Encendiéndose ésta, luce por un momento, se apaga tan rápidamente como ardió y las cenizas caen á los pies del nuevo Pontífice, mientras el capellán canta en alta voz: «Pater Sancte sic transit gloria

mundi» (Santo Padre, así pasa la gloria de este mundo).

Tres veces se repite este imponente rito para hacer contraste con la gloria terrenal del papa.

El trono pontificio se alza frente al altar y forma el punto más extremo del santuario ó coro. Es alto y amplio y se llega á él por una larga escalinata, alrededor de la cual se agrupan los individuos de la cámara del Papa. En el escalón más alto está el Pontífice rodeado de sus más elevados funcionarios.

El Camarlengo dice la misa.

El Papa recibe la Comunión de manos del cardenal decano.

Al tocar la Hostia los labios del Pontífice, se oye un ruido de sables y espadas que chocan contra el pavimento de mármol; es que los guardias suizos y la guardia noble se arrodillan.

El cardenal Camarlengo, al terminar la misa, coloca la tiara sobre las sienes del nuevo Pontífice.

Después llevan al Papa á la «loggia» ó balcón que hay sobre la puerta de San Pedro y desde allí da su bendición al pueblo, despues de lo cual va á la tumba de los apóstoles, donde se arrodilla y permanece un rato en profunda meditación.

Una de las cosas que más impresionan durante la coronación, es oír el coro pontificio cantar el himno «Eccce sacerdos magnus» y el «Corona autem super caput ejus».

En la historia de los Papas figuran tres que murieron antes de ser coronados: fueron Juan XV, Celestino IV y Adriano V.

DESDE MADRID

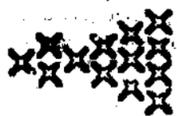
Sr. Director.

Muy señor mío: Croniquear desde Madrid durante la céntrica, es cuestión que hace sudar. Cojan ustedes un periódico de la Villa y Corte y se convencerán.

«Quejas del vecindario.»

«Otras quejas del vecindario.»

«Lo que huelen las alcantarillas,» y «de veraneo», con las estereotipadas noticias de Agosto anunciando la salida de las distinguidas señoritas de Ombiguete



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.



CESARINA DIETRICH

227

226 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

CESARINA DIETRICH

223

con una modestia excesiva, la desconfianza en vos mismo. Volved á rehacer vuestra obra, sacrificad las tres cuartas partes de ella y sólo de la última haced un libro. Yo os respondo que merecerá el elogio de la opinión pública. En cuanto á la forma, es correcta y clara, y en ella se advierte la energía fría y poderosa de una convicción que os domina.

—No me dominas ninguna, y no he escrito esa obra con impresiones determinadas, sino con independencia de espíritu.

—La independencia es una pasión como otra cualquiera, y la que más domina los entendimientos de nuestra época: es, bajo una nueva forma, la pasión de la libertad de conciencia, que ha promovido tales luchas entre los padres de la iglesia.

—Teneis razón,—dijo la marquesa,—y me dáis un rayo de luz; seguiré vuestro consejo, reharé mi libro, porque os he comprendido; y lo veréis.

Pablo iba á retirarse, y ella al momento lo detuvo, diciendo:

—Tendréis que hablar con vuestra tía y yo me retiro. Tengo que dar algunas órdenes en la casa. Quedaos, y por si os retiráis antes que yo vuelva, adiós y gracias de nuevo.

Estrechó su mano con atención y añadió:

—No os he preguntado por vuestra familia; pero Paulina os dirá que á ella le pregunto frecuentemente,

que un cuarto de hora de conversación podría resumir todas sus opiniones, y que me dignase fijarle día y hora.

—Y le has fijado...

—Sí, este día y esta hora; lo estoy esperando.

Como de costumbre, Cesarina me avisaba el último minuto, cuando toda reflexión era ya inútil. Las dos sonaban en un reloj, y Pablo que era muy exacto, llamó.

Yo observaba con atención á la marquesa. Ni siquiera le reproché el no haber cumplido su palabra de visitarla, ni menos de permitirle tratar á Margarita. No le habí más que de literatura y de filosofía, como si continuase una conversación interrumpida la víspera.

En cuanto á él, estaba sereno como el juez que no existe más que para sus funciones de magistrado, y dio así cuenta de su cometido:

—Habéis hecho, quizá sin pretenderlo, una obra notable, pero no sin defectos; sin embargo, resalta en ella una cualidad especial; lo atrevido de la apreciación, que no carece de ingenio; pero hay detalles un poco pueriles que oscurecen vuestra obra. El examen de los efectos parece hecho por un colegial, y ocupa un más espacio que la causa, lo que es un grave defecto. La apreciación del mundo y del corazón humano está hecha de mano maestra, por más que allí colocais,

marquesado de su sobrina habiale trastornado la cabeza, y todo le pareció poco para dar tinte á su nueva posición.

Minutidad con Cesarina iba siendo menor cada día, y desde el matrimonio de Pablo y el suyo sus labios se habían sellado y su fisonomía permanecía impenetrable.

No estaba bien de salud y este era el único indicio de la gran decepción soportada con valor heroico.

Debo decir que durante este período en que hizo esfuerzos inauditos para olvidar sus penas, ó por lo menos ocultarlas, fue verdaderamente la mujer fuerte que quería ser, y yo, admirándola, sentí que se despertaba mi ternura por ella, y el dolor que me causaba su sufrimiento redobló mi abnegación y mi propósito de sacrificarle todos mis gustos, mis caprichos, mi libertad.

Apenas tenía tiempo de escribir á Pablo; él me escribía poco también; estaba muy renegado de trabajo y me decía únicamente que estaban bien todos y que su mujer era dichosa, añadiendo que nada más podía apetecer.

Mr. de Valvonne escribía á Mr. Dietrich una vez por semana para tenerle al corriente de las alternancias del marqués; pero ésta que soportaba mejor la actividad que el reposo y recordaba suiza en cortas excursiones. Cesarina parecía prestar mucho interés á